

X

TESTIMONIOS ACUSADORES

Cinco días con sus cinco noches estuve dedicado a los primeros interrogatorios y a la investigación preliminar en torno al asesinato de León Trotski. Puedo decir que durante este tiempo me entregué apenas al descanso. Sentía sobre mí, a través de mi país y del mundo entero, millones de ojos que iban siguiendo mi labor, que esperaban de mí el esclarecimiento de la verdad. Bien a las claras patentizaban el interés suscitado universalmente los periodistas nacionales y extranjeros que, en crecido número, no cesaban de acosarme, en solicitud de nuevos informes, y los representantes diplomáticos que seguían la marcha de la investigación. ¿Cómo podía pensar en dormir en tales circunstancias? Al cabo de los cinco días pudimos hacer entrega al Procurador de Justicia del expediente policíaco, representando ciento cuarenta y cuatro hojas a máquina de gran tamaño. Figuraban en éstas, principalmente, los interrogatorios. Teníamos al criminal en nuestro poder desde el primer momento, pero se trataba de averiguar ahora lo que pudiera haber en torno y detrás de él. Lo primero que había que tratar de saber, era si había dicho la verdad o había mentido, como sospechábamos, en su carta y en su primera declaración. Tenía la impresión de que a la verdad completa no llegaríamos, quizá, a saberla nunca. Pero debíamos, por lo menos, acercarnos lo más posible a ella.

Para no hacer pesado este relato, tendré que resumir cuanto me sea posible las diversas declaraciones. Tomaré de ellas, tratando de evitar repeticiones, todo aquello que juzgue esencial para el esclarecimiento de los hechos.

Una de las primeras declaraciones —y de las más importantes— fué la de Jake Cooper, uno de los secretarios de Trotski. El día 12 de junio había acompañado a Jacson-Mornard al aeropuerto civil. Si, como podía suponerse, éste había ido a Nueva York a recibir las últimas instrucciones de la G. P. U. para asesinar al exilado ruso, resultaba una verdadera ironía que lo hubiera conducido a tomar el avión uno de sus colaboradores. Antes de eso comieron juntos. Durante la comida, y luego en el trayecto hasta el aeródromo, Cooper le hizo varias preguntas a Jacson-Mornard. Le dijo éste que no se había puesto en contacto con los medios trotskistas mexicanos, pero que había militado activamente en la sección francesa de la IV Internacional. Aseguró que conocía a sus principales militantes y que había conocido muy bien a Rodolfo Klement, ex secretario de Trotski asesinado por la G. P. U. en París —su tronco sin cabeza apareció flotando en las aguas del Marne, sin duda para que fuera más difícil la identificación—, así como a León Sedof, el hijo de los Trotski muerto misteriosamente en una clínica parisién. ¿No podía colegirse después que había intervenido ya en ambos asesinatos? Todo era posible. Quizá había hecho sus pruebas en París antes de venir a realizar su hazaña mayor en México. Jacson-Mornard lamentó a continuación la muerte de Robert Sheidon Harte e hizo un comentario sobre lo cerca que había estado el Viejo de la muerte. Y añadió textualmente:

—Espero que la policía detendrá pronto a los asaltantes y que la clase obrera del mundo entero le hará pagar a Stalin todos sus crímenes.

A su regreso de Nueva York, Jacson-Mornard demostró un gran interés por la lucha que sostenían la mayoría y la minoría trotskistas en los Estados Unidos. Dijo que había conocido allí a varios camaradas de las dos tendencias y que estaba de acuerdo con los mayoritarios, a pesar de que Silvia Ageloff pertenecía a la minoría. Pretendía captarse así las simpatías de Trotski y de sus colaboradores inmediatos, que apoyaban a la mayoría.

Jacson-Mornard era un hombre sumamente nervioso. Siempre parecía tener prisa. Cuando iba a la casa de Trotski, casi no se detenía ni tan solo a saludarles. El sábado anterior al asesinato, llegó en su automóvil, le dió vuelta y chocó con el Dodge que estaba estacionado a la puerta. Para justificar su nerviosismo, le dijo:

—¿Sabes? No me siento nada bien. Estoy enfermo desde mi primera juventud.

—¿Era Jacson persona de confianza en la casa? —le pregunté a Cooper,

—Era amigo de la casa. Le traía regalos a Natalia Sedova. —En el momento del atentado, ¿estaba Trotski

armado o en situación de defenderse?

—Yo no me encontraba allí. Pero sé qué, por regla general, Trotsky tenía la costumbre de cargar un revólver Colt 38 o un pequeño 25 automático.

—Y Silvia Ageloff ¿era una persona de confianza de los Trotsky?

—Era una amiga, pero no de confianza.

—¿Creó usted que el crimen cometido por Jacson fué premeditado y con alevosía y ventaja?

—Absolutamente. Ha sido premeditado durante quince años. Yo creo sin lugar a dudas que Jacson es un miembro de la G. P. U. Su propia declaración lo demuestra.

La declaración de otro de los secretarios de Trotsky, Harold Robins, contenía preciosos detalles sobre el dramático momento que siguió al atentado. Fué él, secundado por Cornell y por Hansen, quien golpeó a Jacson-Mornard con su pistola. Hansen entró en el despacho repitiendo lo que acababa de decirle Trotsky, mortalmente herido en el comedor:

—No lo maten. Amárrenlo y oblíguenlo a hablar. Robins, en tono amenazador, replicó:

—No lo voy a matar. Voy a triturarle los huesos y a clarearle el cuerpo a balazos si no dice inmediatamente quién lo ha mandado.

Jacson-Mornard no respondió nada. Robins prosiguió:

—¡Te ha mandado la G. P. U.! ¡No lo niegues!

—¡No, no ha sido la G. P. U.; han sido ellos, ellos! —dijo entonces el asesino.

—¿Quiénes son ellos? ¡Pronto!

—¡Es un hombre! ¡Yo no lo conozco, pero me ha obligado a hacerlo!

—¿Cómo te ha obligado?

—¡Es que tienen algo sobre mí! ¡Tienen encarcelada a mi madre!

Dijo esto último después de una pausa, como si hubiera estado pensando la respuesta. Robins no creía en tal encarcelamiento, sino que esto era simplemente un ardid para ocultar la verdad. Como repitiera, amenazador, las preguntas, Jacson-Mornard precisó que el individuo que lo había mandado se apellidaba París, después aclaró que se llamaba Bartolo y que lo había conocido en París y lo había visto hacía tres semanas en México, en el Kit-Kat-Club, en las calles de Independencia y Dolores.

Hansen empezó entonces a golpearlo con los puños hasta que se abrió una mano. Jacson-Mornard, al sentir los golpes, empezó a suplicarle repetidamente:

—¡Mátenme! ¡Mátenme de una vez! ¡No merezco vivir! ¡Mátenme! ¡No he obrado por mandato de la G. P. U.! ¡Pero mátenme!

En su primera declaración, Jacson-Mornard se había referido a ese Bartolo Pérez o París, al que decía haber conocido en el Kit-Kat-Club, el mismo que, según él, le había vendido la pistola que se le encontró y al que le había regalado la máquina que le sirvió para escribir la carta ... ¿Quién era Bartolo? ¿Lo había conocido en París, como afirmó ante los secretarios de Trotsky, o en México, como me declaró a mí? ¿Existía realmente o era una invención suya? ¿No se encontraba detrás de ese nombre el jefe de la G. P. U., del que era instrumento inmediato? ¿O era simplemente el nombre que se le ocurrió en el momento de mayor peligro? ¿Y lo referente a su madre? ¿Ignoraba qué había sido de ella, como dijo en su declaración, o la tenían efectivamente encarcelada y se habían servido de una terrible amenaza para obligarlo a cometer el crimen? Constituía todo esto un verdadero laberinto...

Charles Olney Cornell confirmó en todas sus partes la declaración de Robins. Añadió que Jacson-Mornard había dicho también, mientras lo golpeaban, que aquel mismo día debía acudir a una cita con el misterioso Bartolo Pérez o París, en Kit-Kat-Club. ¿Era otra invención suya o le aguardaba, en efecto, después del asesinato para ocultarlo o para preparar la huida? ¿No había sido ésta la intención del asesino —huir—, para lo cual había dejado su automóvil preparado a la puerta y se había servido, además, del zapapico en lugar de servirse del revólver? Si Jacson-Mornard había cometido el crimen bajo la instigación y el control inmediatos de la G. P. U., probablemente se había mantenido en contacto con sus agentes hasta el último momento y, de haber logrado salir con vida de la casa de Trotsky, estos agentes tenían interés en hacerlo desaparecer sin dejar rastro. Con ese fin había hecho desaparecer, sin duda, todos sus papeles personales y hasta su pasaporte. Uno de esos agentes ¿no podía ser el llamado Bartolo? ¿Cómo saber su verdadero nombre y dónde dar con él? Los agentes extranjeros de la G. P. U. sabían cubrir hábilmente su retirada.

—¿No concibió nunca sospechas sobre Jacson? —le pregunté a Cornell.

—Nunca. En cierta ocasión le oí decir a Trotsky que Jacson era un partidario suyo y que en París había dado mucho dinero para el Partido. Los hechos evidencian ahora que es, un reconocido stalinista y que fué la G. P. U. la que tramó el crimen.

Otto Schuessler, que gozaba de asueto el día del crimen, se encontró a Silvia Ageloff y a Jacson-Mornard como a la una de la tarde frente al Palacio de Bellas Artes. Le dijeron ambos que pensaban salir al día siguiente para los Estados Unidos y que esa misma tarde, hacia las cuatro y media o las cinco, tenían intención de ir a Coyoacán a despedirse del Viejo. Lo invitaron a cenar en un restaurant céntrico, en compañía de su novia, y quedaron en encontrarse a las siete y media. Silvia permanecía tranquila y hasta sonriente; Jacson daba muestras, por el contrario, de una gran inquietud. Denotaba una palidez muy marcada y apenas decía una palabra, él que solía ser un tanto parlanchín de costumbre. Estuvo sumamente seco y frío, excusándose de tenerlos que dejar inmediatamente, pues debía asistir a una cita. Silvia comentó:

—Está un poco delicado de salud, sin duda a causa de la altura y del régimen alimenticio que lleva. Por eso nos conviene marcharnos.

Le pareció a Otto que Silvia era sincera.

A las siete y media en punto acudieron Otto y su novia al lugar convenido. Como un cuarto de hora más tarde llegó Silvia; mostrábase un poco nerviosa. Al ver que no había llegado Jacson exclamó:

—Es extraño. Yo no sé lo que le pasa; su actitud es bastante extraña. Cuando se retrasa telefona siempre al hotel. Me dijo que vendría a recogerme a las cuatro y media para ir a despedirnos de los Trotsky y ni ha venido ni me ha llamado. Yo esperaba encontrarlo aquí.

Silvia llamó varias veces al Hotel Montejo; cada vez mostrábase más nerviosa no sabiendo qué había podido sucederle a Jacson. Estuvieron buscándolo en diversos lugares. Hacia las ocho y diez minutos, Otto propuso que se telefonara a casa de Trotsky. Silvia dijo:

—Es imposible que Jacson esté allí; nunca va sin que yo le acompañe.

No obstante lo cual, Otto llamó. Y con la consiguiente sorpresa, oyó que le decían:

—¡Ven inmediatamente! ¡Jacson ha atentado contra el Viejo!

Tomaron un taxi y se dirigieron a Coyoacán. Durante el trayecto Otto le comunicó a Silvia lo que acaban de decirle por teléfono. Silvia se echó a llorar y exclamó:

—¡Si ha pasado algo, debe ser muy grave!

Al llegar a la casa y enterarse de los detalles del atentado, Silvia lloró desconsoladamente y pidió que la acompañaran a la Jefatura de Policía. Quedó detenida y la condujeron a la Cruz Verde. Otto tenía la creencia de que Silvia Ageloff era inocente.

¿Lo era, realmente? Tanto Natalia Sedova como los colaboradores de Trotsky parecían sustentar esta creencia. Confieso que yo me resistía a admitirla. Cómo era posible que hubiera vivido tanto tiempo como amante de Jacson-Mornard sin ser su cómplice o por lo menos, sin sospechar su criminal propósito? Silvia era una mujercita menuda, delgada, de nariz más bien pronunciada y boca grande, de pelo rubio y lacio, muy miope. Demostraba gran excitación y era un tanto melodramática y plañidera. Su aspecto general resultaba poco simpático. Se ponía a sollozar cada vez que le mencionábamos el nombre de Trotsky, pronunciaba toda clase de denuestos contra Jacson-Mornard y pedía a gritos que lo mataran. Si de veras era inocente, se explicaba su gran drama interior, su inmensa amargura.

Su declaración sobre la forma como conoció a Jacson-Mornard coincidía con la de éste. Fué en París, en julio de 1938. Se lo presentó una amiga suya norteamericana, Ruby Weil, que había hecho el viaje con ella (1). No tardaron en convertirse en novios. En agosto Jacson la invitó a acompañarlo a Bruselas. No obstante asegurar que su madre vivía en esta ciudad, no se la presentó. Al regreso de ambos a París, en septiembre, se hicieron amantes.

Pertenecía ella al trotskismo norteamericano desde hacía tiempo. Jacson le aseguró que no tenía ninguna idea política; cuando la oyó hablar de las teorías marxistas y del trotskismo, pareció interesarse mucho. De regreso a Nueva York, en febrero de 1939, mantuvieron una abundante correspondencia hasta el mes de septiembre, en que inopinadamente se presentó él en la inmensa urbe norteamericana. Le explicó que llevaba un pasaporte falso porque únicamente así podía conseguir que fuera visado. Vivieron durante un mes juntos en Nueva York. Al cabo de este tiempo, Jacson-Mornard, le dijo que tenía que trasladarse a México, donde lo esperaba su patrón, Peter Lubeck, quien debía pagarle cincuenta dólares semanales por su trabajo. Le aseguró que este Lubeck era un importante agente de compras británico. Tenía ella la impresión de que su amante trabajaba, no obstante que a su llegada a Nueva York le había dado a guardar la suma de tres mil dólares, que decía haber recibido de su madre.

Siguió Silvia a Jacson a la capital mexicana en el mes de enero de 1940. Le dijo Jacson que las oficinas de su patrón se encontraban en el Edificio Ermita, número 820; le proporcionó incluso su número de teléfono. Cuando algún tiempo después tuvo necesidad de llamarlo resultó que este teléfono no correspondía a la oficina en cuestión. Le encargó entonces a su hermana Gilda, que se encontraba en México, que fuera a buscarlo al Edificio Ermita; Gilda averiguó que en dicho edificio no existía la oficina número 820. Silvia cayó en sospechas de que Jacson debía trabajar para el Servicio de Inteligencia del Gobierno Británico. Le comunicó sus temores a Margarita Rosmer, la que se apresuró a tranquilizarla prometiéndole hacer investigaciones sobre el verdadero trabajo de Jacson.

A fines de marzo, en vísperas de regresar a Nueva York, fué con Jacson a despedirse de los Trotsky. Fué ésta la primera vez que el futuro asesino penetró como amigo en la casa. Antes de abandonar México se hizo prometer por Jacson que no visitaría solo a Trotsky, pues teniendo un pasaporte falso temía que de rechazo le atrajera alguna complicación. Jacson-Mornard se lo prometió, pero algún tiempo después recibió una carta suya en Nueva York diciéndole que se había visto obligado a quebrantar su promesa a causa de que había tenido que acompañar a Alfredo Rosmer, enfermo, a ver al médico.

—¿Adónde le dirigía usted la correspondencia a Jacson?

—Al Wells Fargo & Co. Yo misma recibía la mía allí cuando me encontraba en México. Por cierto que en una ocasión me escribió mi hermana desde Nueva York informándome que se encontraban en la capital mexicana dos importantes agentes stalinistas llamados B. Helman y Stachel (2). Jacson, que aparentaba no estar leyendo la carta ni interesarse por su contenido, preguntó inmediatamente quiénes eran esos agentes. Yo me apresuré a comunicarle dichos nombres a Harold Robins.

—¿Cuál es su opinión personal sobre el atentado contra León Trotsky?

—¿Cuál puede ser? Tengo hoy la convicción de que he servido de instrumento para que Jacson se acercara a Trotsky y consumara el atentado. No me es posible aportar pruebas sobre ello, pero tal es mi convicción. No cabe duda que Jacson es un stalinista y que detrás de él hay otros stalinistas a los que no conozco. El individuo más interesado en suprimir a Trotsky era Stalin. ¡Y yo he servido de instrumento!

De esta declaración saqué dos conclusiones inmediatas. Jacson-Mornard le había dicho a Silvia que tenía sus oficinas en el Edificio Ermita. Habíase descubierto que en este mismo edificio había tenido sus

oficinas también David Alfaro Siqueiros, jefe material del atentado del 24 de mayo. No podía tratarse de una simple coincidencia. Indudablemente Siqueiros y Jacson se conocían y trabajaban juntos. ¿Bajo la dirección de Helman y Stachel, los dos importantes agentes stalinistas llegados de Estados Unidos a México? ¿Era alguno de los dos el famoso "judío francés"? En todo caso todo parecía evidenciar que la G. P. U. había convertido la oficina del Edificio Ermita en su centro de operaciones. Por otra parte, Robert Sheldon Harte recibía su correspondencia en el mismo lugar que Jacson-Mornard: en la Wells Fargo & Co. ¿Se trataba asimismo de una coincidencia? ¡Demasiadas coincidencias!

En la declaración que Silvia Ageloff prestó poco después ante el Juez de Investigaciones Previas de la Procuraduría, añadió algunos datos de cierto interés. Ignoraba cómo obtenía el dinero Jacson-Mornard, pero es lo cierto que lo tenía en cierta abundancia y que no se privaba de nada. No podía asegurar que tales fondos provinieran de la G. P. U., pero ahora tenía la absoluta convicción de que así era. Sólo un agente de la G. P. U. podía preparar y cometer el crimen como lo había hecho su ex amante.

—¿Fué Jacson quien le pidió a usted que viniera a México? —le preguntó el Juez a Silvia.

—Así es —respondió ésta—. Me dijo que tenía necesidad de venir a trabajar a México y que yo debía acompañarlo o seguirlo poco después. Ahora comprendo cuál era su verdadero trabajo y por qué tenía empeño en que viniera con él a México. Por mi intermedio, quería entrar en relaciones con Trotski para asesinarlo.

—Cuando vivía con él en Nueva York, ¿vió en su poder el zapapico con el cual ha cometido el crimen?

—En Nueva York no lo tenía; yo, al menos, no lo vi nunca. Lo vi por primera vez en México. Me dijo que era un gran aficionado al alpinismo y que había utilizado ese zapapico en sus ascensiones al Pico de Orinaba y al Popo, en México. Nunca le vi ninguna arma, ni aun el día del crimen.

—¿Y Jacson no le habló nunca de sus proyectos criminales? ¿No llegó usted a sospechar nada?

—Nada. Me aseguraba, por el contrario, que era un gran admirador y un amigo de Trotski. El día del crimen, en la comida, apenas probó bocado. Veíalo muy preocupado y nervioso. Antes de terminar la comida quiso marcharse pretextando que tenía que arreglar unos asuntos urgentes en el Consulado Americano y en un Banco. Me dejó en el Hotel Montejo, prometiendo volver a buscarme hacia las cinco para ir a despedimos de los Trotski. Fué él solo a cometer el crimen.

Se imponía un careo entre los dos amantes. Según Jacson-Mornard, una de las razones de su desesperada desilusión contra Trotski había consistido en la pretensión de éste de separarlo de Silvia, lo único que le quedaba en el mundo; según la creencia de Silvia, su ex amante habíase servido de para entrar en contacto con Trotski y asesinarlo. Estaba también lo referente al zapapico. Jacson-Mornard pretendía haberlo traído de Europa; Silvia no se lo había visto ni en París ni en Nueva York. Luego lo había adquirido o se le había proporcionado en México para la comisión del crimen. El careo podía contribuir a esclarecer éstos y otros muchos e importantes extremos.

Se efectuó este careo hacia la media noche. Hice que se retirara el hermano de Silvia, llegado de Nueva York para cuidarla, y le anuncié a ella la visita de una persona de su amistad, sin decirle de quién se trataba. Quería ver la impresión que les producía a ambos la sorpresa de encontrarse frente a frente. A Jacson-Mornard le dije que iba a pasarlo a la Sala de Curaciones para que le examinaran el ojo lesionado, el izquierdo. Llevaba sobre él un grueso algodón y una venda. Dos agentes lo tomaron por las axilas en vista de su estado físico general. Al abrir la puerta de la habitación ocupada por Silvia, ésta encontrábase tendida en su lecho víctima de una crisis nerviosa. Diríase que adivinaba lo que iba a suceder. Hice entrar al asesino mientras Silvia, sollozando, se cubría el rostro con las manos. Jacson, al verla en semejante estado pretendió desprenderse de los agentes que lo conducían y empezó a gritar:

—¿Para qué me han traído aquí? ¿Qué ha hecho usted, Coronel? ¿Qué ha hecho? ¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme! Yo le dije:

—Si ama usted a Silvia como pretende, acérquese a ella, hablele, consuélala.

Silvia levantó la cabeza y, mirando a su ex amante, gritó:

¡Llévense a ese asesino! ¡Mátenlo! Ha matado a Trotski! ¡Mátenlo, mátenlo!

Por muy doloroso y dramático que fuera el careo, yo quería llevarlo hasta el fin. Dirigiéndome a Silvia, le dije:

Jacson afirma que es usted la justificación de toda su vida y que por usted, que era víctima de las intrigas de Trotski, lo ha matado.

—¡Eso es mentira! —gritó Silvia—. ¡Es un hipócrita! ¡Un asesino!

—No debe usted decir eso, pues sin duda ignora los antecedentes del caso —repliqué—. Jacson dice que se sintió desilusionado de Trotski después de haber sido uno de sus fanáticos admiradores y que con sus intrigas pretendía desbaratar la felicidad de ustedes.

—¿Pero qué estupideces dice ese hombre? —respondió ella indignada—. ¡Pues si no conocía personalmente a Trotski! Lo conoció gracias a mí. Trotski creía de buena fe que era un admirador de sus doctrinas, un neófito.

Y mirándolo desafiante:

—¡Di que no es cierto! ¡No mientas, traidor! ¡Di la verdad aún cuando tengas que perderte!

Jacson-Mornard daba muestras de gran desesperación. Vuelto hacia mí, no cesaba de repetir:

—¡Pero, Coronel! ¡Pero, Coronel! ¿Qué ha hecho? Silvia, incorporándose, abrumaba a su ex amante:

—¡No has dicho más que embustes! ¡Tú eres un agente de la G. P. U.! ¡Te comisionaron hace tiempo para asesinar a Trotski por orden de Stalin! ¡Averiguaste que mi hermana había sido colaboradora de Trotski y que yo era amiga de su esposa! ¡Por eso me enamoraste en París y me has estado engañando! ¡Tu único objeto era matarlo haciéndome servir a mí de instrumento!

Yo proseguí:

—Jacson me ha dicho también que Trotski quería mandarlo a Rusia por Shangai para cumplir una misión secreta. Quería pagarle el viaje en el "China Clipper".

—¡Todo es mentira! ¡Todo mentira!

—Ha afirmado también que adquirió en Suiza el piolet con que dió muerte a Trotski.

—¡Tampoco eso es cierto! Yo he andado con él por varias partes del mundo y por muchas ciudades. Conozco todos sus objetos y he arreglado todos sus equipajes. ¡Que no siga mintiendo! ¡El piolet lo compró aquí, en México, para matar a Trotski!

—El dice que ya lo tenía en Nueva York.

—¡Es una impostura!

Dirigiéndome a Jacson-Mornard, le pregunté:

—¿Qué dice usted a eso?

El asesino no contestó. Sentíase abrumado, No se atrevía a mirar a su ex amante y su único interés consistía en salir cuanto antes de aquel lugar.

Dirigiéndome de nuevo a Silvia, proseguí:

—Jacson ha declarado también que recibió cinco mil dólares de su madre, en Bruselas, para venir a América y que le entregó tres mil a usted.

Ella convino en que era cierto que había recibido esos tres mil dólares de Jacson para que se los guardara. Pero dirigiéndose nuevamente a él, le dijo:

—Tú me has engañado a mí como tratas de engañar a todo el mundo. Ese dinero no procedía de tu familia; procedía de la G. P. U. y eran por la muerte de Trotsky, porque a ti, canalla, te han pagado para que lo asesinaras.

—Ya oye usted lo que dice su amante —dije dirigiéndome nuevamente a Jacson-Mornard—. Ella es el principal testigo de cargo contra usted. ¿Qué tiene que contestar?

—¡Nada! ¡Nada! ¡Por favor, Coronel, sáqueme de aquí!

—¿Qué piensa usted de su amante? —le pregunté entonces a Silvia.

Volvió ella a pronunciar un torrente de injurias, a repetir las acusaciones lanzadas anteriormente.

—Pero Jacson dice pertenecer a la IV Internacional —indiqué.

—¡Es mentira! ¡A los de la IV Internacional ni los conocía! ¡No conocía a nadie! Fingía ser un devoto de las ideas de Trotsky, pero esto entraba en su plan de traidor.

—Por último, dígame: tras el tiempo bastante largo que fueron ustedes amantes, ¿qué criterio se ha formado de Jacson? ¿Cree usted que es sincero el amor que dice profesarle?

—¡No! ¡Este hombre es un traidor al amor, a la amistad y a todo! Ahora comprendo que he sido un instrumento inconsciente de un malvado.

Y trató de escupir al rostro de su ex amante. Mientras lo sacábamos de allí, Silvia no cesaba de gritarle:

—¡Eres un canalla! ¡Canalla! ¡Canalla!

Había sucedido algo por demás curioso: Jacson-Mornard había asegurado que su idioma nativo era el francés y que conocía bastante bien el inglés, pero no así el español. Siempre se había negado a usar esta lengua. Sus dotes de actor fracasaron en esta ocasión. Y pude descubrir que conocía perfectamente el español.

(1). En su libro "Esta es mi Historia", Luis Budenz, conspicuo comunista durante largos años y ex director del "Daily Worker", órgano central del Partido Comunista de los Estados Unidos —Budenz ha vuelto al catolicismo militante, de donde salió—, revela que una "Mis Y", ex secretaria suya y convencida stalinista, fué obligada a estrechar sus relaciones con la militante trotskista Silvia Ageloff, a la que acompañó a París con el exclusivo objeto de ponerla en contacto con Jacson, destinado por la G. P. U. a introducirse cerca de Trotsky y asesinarlo. "Mis Y" no podía ser otra que Ruby Weil. Budenz, que sabe mucho más de lo que ha dicho, pretende salvar a su ex secretaria y afirma incluso que ésta no se enteró hasta más tarde del papel que la habían hecho llenar. De las "revelaciones" de Budenz —para nosotros no lo han sido— nos ocuparemos más adelante. (J. G.)

2). Luis Budenz, en su libro antes citado, habla también de Jack Stachel, que le presentó primero a un tal "Richards" y más tarde a "Roberts" como encargados de organizar el asesinato de Trotsky. Queda establecido que Jacson-Mornard fué su instrumento ejecutor. (J. G.)